

Arte y censura: para una mayor comprensión de los roles del poder en el arte

GLORIA INES DAZA*

Tantos y tan violentos cambios se han suscitado en Colombia a partir de la década de los setenta, que difícilmente ha quedado tiempo para el estudio a fondo de sus implicaciones en la cultura, del cambio de valores operado en nuestra sociedad. Yendo más allá, se han ignorado tales cambios, y en Arte, más exactamente, se ha manifestado un mayor apego por los nombres consolidados en la ya lejana década de los 60s, bloqueando el acceso al escenario a nuevos valores de nuestra plástica. Como ejemplo: a la reciente Bienal de Sao Paulo, edición 1991, fueron invitados por enésima vez los maestros sin tener para nada en cuenta que treinta años sí son algo, por no decir mucho, y que el arte, como la vida, sigue su devenir.

Quizá por toda su problemática política y social; por el amedrentamiento sistemático y la vulnerabilidad a que están sometidos los individuos desde su misma cotidianidad, el debate abierto, la crítica y aún la misma confrontación, han desaparecido de la escena colombiana y se ha creado una escenografía gregaria en la cual el pensamiento individual y el disenter no cuentan.

Situaciones contingentes han reducido la capacidad de opinión de los individuos y si estos deciden expresarse a través de la tribuna pública, no sólo son juzgados y vetados; son condenados al ostracismo. En Arte la crítica más calificada ha desaparecido tras la cátedra, la investigación o la curaduría. Muy pocos disponen de las

* Periodista, crítica de arte, poeta, miembro de AICA, Capítulo Colombia.

columnas periodísticas o de otros espacios de opinión, para ejercer el análisis del quehacer artístico y los que lo ejercen, en muchos casos son los menos calificados, inclinándose por una seudocrítica amarillista que lanza golpes personales sin detenerse en el análisis, en la apreciación rigurosa de la obra.

Nos movemos entre dos extremos: carencia absoluta de concepto o sensacionalismo descarado, ese que atrae la voracidad del público que asiste al circo y clama sangre y que es el que garantiza el consumo de la edición o del espacio periodístico.

La censura puede ejercerse no sólo bajo regímenes totalitarios. Se ejerce, en muchos países y en muchas sociedades que dicen ser libres, empleando sistemas sutiles y soterrados de dominación. Esta censura es ejercida por grupos de poder y si bien no posee un neto perfil de censura oficial, política, económica o social, se genera y conforma articulando estos cuatro poderes. El poder de la Iglesia Católica, entretanto, desaparece como forma totalitaria hacia finales de los 70s. Y hoy, al abrigo del pluralismo y la apertura religiosa que se vive en Colombia, se extingue su protagonismo inquisitorial que llegara a extremos de censura y excomunión a algunos artistas cuya obra fue considerada en su momento como escandalosa y lesionante de las buenas costumbres: en el Medellín de los 50s, la obra de la gran artista expresionista Débora Arango; la del maestro José Rodríguez Acevedo descolgada del Museo Nacional al finalizar la misma década. La del artista Leonel Góngora, vetada en la segunda edición de la Bial de Coltejer en Medellín, edición 1972, por su instalación "La María", considerada irrespetuosa y pornográfica.

Pero la censura se ejerce hoy no propiamente por problemas religiosos o morales que puedan afectar a la comunidad y menos por consideraciones estrictamente plásticas. Sin argumentos válidos; por motivaciones extraartísticas, por pura manipulación de un poder repartido en departamentos estancos pero conformado por los mismos estamentos anteriormente enunciados. La constante es vetar a quien ejerce el derecho a ser libre, al individuo que no se gregariza y somete, que no se inscribe en el ghetto. Es así como la codificación social se establece en la misma medida en que el poder se reparte en sociedades cerradas, similares a las de las mafias que operan en Colombia como instrumento de las multinacionales de la droga. El que ingresa a una de estas asociaciones o grupúsculos no puede salir de ellos so pena de sanción, de ser lanzado a las ti-

nieblas exteriores, no sin refinadas formas de ensañamiento o ajuste de cuentas.

Hay un significativo número de artistas entre los treinta y los cincuenta años, que aún sustentando un argumento consistente en su trabajo creativo, no han accedido consagratóricamente a Museos y galerías y menos a los medios de comunicación, por su pudor o recogimiento alrededor del trabajo mismo, preocupados por el problema esencial del arte y no por las arandelas mundanas y los sucedáneos derivados del hecho artístico, tan ajenos a él.

Los "managers", los "dealers", los animadores y promotores, desde museos y galerías y aún desde los mismos organismos estatales, actúan con un visor frívolo de mundanidad suma. El arte se mueve más al capricho de la moda que de sus valores constitutivos eternos. El arte es ahora parte del espectáculo de pose social. Ha perdido su espíritu ritual y su sacralidad para obedecer a normas que le son ajenas, para entrar en territorios vedados al misterio, la magia y la poesía. Porque el arte podrá llegar a expenderse en supermercados; ser promovido en campus colmados por multitudes arrolladoras o, por el contrario, ser presentado en exclusivos salones, pero siempre responderá a la necesidad de interiorizar el fenómeno de la vida y del ser como instancia última.

En fecha reciente se montó, como plataforma de lanzamiento, un refrito del movimiento de transvanguardia surgido ya hace más de una década en Europa, el cual tuvo entre los italianos y los alemanes sus figuras cimera. Se armó con un grupo de artistas grises residenciados en París como la panacea de lo que debería y llegaría a ser el arte colombiano. Pero como todo lo que se improvisa, estos artistas no respondían a una poderosa inquietud ni primaba en su trabajo el valor de nuevas instancias, de algo más allá de lo meramente aparential. Ni siquiera técnicamente se defendía su trabajo. Grandes telas: estridentes, empastadas y gratuitas, copias vergonzantes de obras como las del italiano Chia.

Hoy, ya desarticulado el famoso movimiento, quedan sólo los valores insulares, no necesariamente neoexpresionistas o postmodernistas; expresionistas, abstractos, realistas, surrealistas, figurativos, como lo han sido los mejores artistas de todos los tiempos, pero siempre artistas, en la medida en que su propuesta responda a un proceso interior de búsqueda llevada a cabo con sinceridad y decoro, el cual trascienda el hecho artístico, el producto mismo con

honestidad, fuerza y poesía, con originalidad, en el sentido más estricto del término.

Es casi milagroso. Se requiere de gran fuerza y de una probada integridad para liberarse del paso de un poder que impone cánones y tendencias. Falsas posturas que debilitan y prostituyen el verdadero arte y que al procesarse como producto manipulable, van a atiborrar los espacios de un público ignorante y cautivo, que adquiere no sólo la obra; también al artista que se mueve como *vedette de vaudeville* en los templos emergentes de la moda y la frivolidad.

De otra parte, el uso aberrado del poder se vale de los medios de comunicación en un nocivo juego de doble vía. Se practica desde fuera hacia adentro y desde dentro de los medios hacia el exterior, ignorando, atacando, o simplemente tendiendo una densa cortina de humo sobre algunos artistas o críticos, condenando el trabajo de muchos, olvidándose que, como en el caso Van Gogh, puede lograrse la desaparición del artista pero jamás de su obra.

Paralelamente surge vital el arte del mañana. Nuevas presencias, nuevos trabajos inteligentes, plenos en audacia y originalidad, buscan imponerse en medio del río revuelto. Porque el fenómeno de Colombia es de tal complejidad que coexisten a un mismo tiempo fuerzas extremas, factores negativos y positivos: el país honesto y trabajador que no ha perdido la fé, habita al lado de una franja mínima delincuencial que insiste en destruir la Patria, anteponiendo sus intereses de lucro fácil, sus intereses voraces de poder.

Para llegar a este estado de cosas se ha necesitado de un factor de injusticia social que bien vale la pena analizar.

El colombiano ha tenido que vivir en estado de guerra a causa del fenómeno de las mafias del narcotráfico, que al igual que en otras economías del mundo se rige por leyes de oferta y demanda. Desde no sabemos cuándo han existido las multinacionales del crimen organizado. Esas multinacionales manejan el tráfico de estupefacientes, teniendo ya hecho el camino en el negocio de la droga, lo cual les permitió detectar el grado de frustración social que se venía respirando en Colombia y establecer contacto con la franja de descontentos, que no habiendo encontrado, dentro de la infraestructura social su ubicación, fueron presa de los señuelos del dinero fácil que cambió por completo el esquema de sus vidas.

Es evidente que se ha necesitado de un agudo proceso de descomposición social, en el cual la clase política ejerció un clientelismo desorbitado que se convirtió en estilo, en una forma de vida cuyos códigos se cifran en: "Todo tiene precio; el fin justifica los medios; vivamos menos pero vivamos mejor (jóvenes sicarios de las comunas nororientales de Medellín); nada es malo si está bien hecho; de los buenos, líbranos señor; cuando hablo de derechos, estoy hablando de mis derechos".

Un precio demasiado alto ha tenido que pagar la clase media colombiana en su lucha por preservar sus valores éticos y morales. Precio pagado no sólo en vidas; en espacio, en bienes, en trabajo, en justicia, en fin, en oportunidades de sobrevivencia. Los bienes producto de la economía subterránea han encarecido al país, desvalorizando su nivel medio de vida, imponiendo nuevos valores y nuevas formas de poder y hasta una nueva estética, que mucho tiene que ver con el arte arbitrario y de mal gusto que pulula. Ante la ausencia de cultivo de la clase emergente, pasamos de la chabacanería absoluta a buscar a toda costa "poseer" a los diez maestros consagrados desde los años 60s. cuando en el panorama artístico colombiano no había más de cincuenta artistas y hoy ya podemos hablar de cincuenta artistas notables que viven su proceso entre la selva de artistas menores que trabajan dentro del territorio nacional. Pero el imperio del dinero busca firmas, compra firmas, no se arriesga, porque no hay quien eduque y oriente o presente un panorama real del arte, amplio y desprejuiciado.

¿Podrá entonces salvarse el Arte de la manipulación del poder, recuperando su propio espacio, su dignidad, su libertad? Es éste un problema colombiano, latinoamericano, de países en vías de desarrollo o, por el contrario obedece a una problemática mundial del consumo? Mientras conocemos la respuesta, recordemos las palabras de Kandinsky: "Miles y miles de artistas que no buscan más que una manera de crear millones de obras de arte sin entusiasmo, con el corazón frío y el alma dormida". (*De lo Espiritual en el Arte*). Pongamos nuestra fe, en que como lo dijera el notable entomólogo francés Favre, "el hombre dirige sus pasos hacia el triunfo de la justicia sobre el poder".